

UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Ciencia Política

**LA VIOLENCIA DE LAS GUERRAS CIVILES
Y LA VIDA COTIDIANA: UN DÍA EN LA VIDA
DE TRES UNITARIOS (1826-1841)**

Ignacio Zubizarreta

Octubre 2015
Nro. 571

ISBN 978-987-3940-04-0
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA

www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>

Zubizarreta, Ignacio

La violencia de las guerras civiles y la vida cotidiana : un día en la vida de tres unitarios 1826-1841 / Ignacio Zubizarreta. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad del CEMA, 2015.

20 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3940-04-0

1. Ciencia Política. I. Título.
CDD 320

La violencia de las guerras civiles y la vida cotidiana: un día en la vida de tres unitarios (1826-1841)

Ignacio Zubizarreta*

Junio 2015

En el presente trabajo nos introduciremos en un día de la vida de tres unitarios. El telón que cubre el fondo del presente trabajo es aquel de la guerra civil entre unitarios y federales (1826-1852). Nos centraremos primero en Juan Cruz Varela y la acción transcurre en Buenos Aires durante 1827. Luego exploraremos la agitada jornada experimentada por el pintor y navegante Antonio Somellera en 1839. Por último, avanzaremos temporalmente hasta el 24 de septiembre de 1841 para introducirnos en la piel del célebre general Gregorio Aráoz de Lamadrid. El escenario de este último caso lo constituye una batalla librada en Mendoza. La intención de relatar un día de la vida de tres unitarios radica en presentar el pasado desde perspectivas diferentes a las habituales. Las tres pequeñas historias son diferentes entre sí, pero se entrelazan por cuestiones temáticas y mantienen grandes afinidades. Sus divergencias nos permitirán descubrir cómo vivían, qué hacían, cómo actuaban los protagonistas de ese momento, pero también cómo se relacionaban y cómo experimentaban la traumática situación que padecían. Es de recalcar cómo la violencia *in crescendo* se erigía en el actor principal de una sociedad que no podía o ya no sabía convivir pacíficamente.

En el presente trabajo nos introduciremos en un día de la vida de tres unitarios. El telón que cubre el fondo de nuestra narración es aquel de la guerra civil entre unitarios y federales. El objetivo que perseguimos aquí es tratar de comprender mejor cómo se vivía en aquellos tiempos de incertidumbre y violencia. El primer relato nos transporta a los inicios de esta confrontación fratricida, un 9 de noviembre de 1827. El actor en cuestión es Juan Cruz Varela, hermano mayor de Florencio, y la acción transcurre en Buenos Aires. Luego transitaremos velozmente por el tiempo, el que nos depositará en el día 30 de noviembre de 1839, en esa misma ciudad, pero exploraremos la agitada jornada experimentada por el pintor y navegante Antonio Somellera. Finalmente, avanzaremos temporalmente un poco más, y nos detendremos en el 24 de septiembre de 1841, para introducirnos en la piel del célebre general Gregorio Aráoz de Lamadrid. El escenario de este último caso lo constituye una batalla librada en Mendoza.

* El presente trabajo es un fragmento de una obra más amplia que trata acerca del unitarismo. Ver de mi autoría: *Unitarios, historia de la facción política que diseñó la Argentina moderna*. Buenos Aires:

La intención de relatar un día de la vida de tres unitarios radica en presentar el pasado desde perspectivas diferentes a las habituales. Las tres pequeñas historias son diferentes entre sí, pero se entrelazan por cuestiones temáticas y mantienen grandes afinidades. Sus divergencias nos permitirán descubrir cómo vivían, qué hacían, cómo actuaban los protagonistas de ese momento, pero también cómo se relacionaban y cómo experimentaban la traumática situación que padecían. La afinidad de los tres testimonios prontos a comenzar se vincula con el dramatismo de unos tiempos en que la violencia *in crescendo* se erigía en el actor principal de una sociedad que no podía o ya no sabía convivir pacíficamente. Esta situación llevó a Sarmiento a recalcar la indiferencia con que las personas “dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.”¹ ¿Presentaremos tres días comunes y corrientes en la vida de las personas recién aludidas? En esa difícil coyuntura, pierden nitidez los parámetros para poder discernir qué constituía realmente un día “común y corriente”. No obstante y a pesar de lo dicho, no se trataba de momentos usuales ni cotidianos sino de días que marcaron profundamente a sus protagonistas. Los tres personajes que vamos a descubrir se caracterizan por haber ejercido profesiones muy diferentes. Juan Cruz Varela fue un intelectual y periodista del círculo más íntimo de Rivadavia; Antonio Somellera, un joven marino porteño. Mientras que Gregorio Áraoz de Lamadrid fue un valiente y experimentado guerrero nacido en Tucumán.

1) Las contingencias de un hombre de letras

Debemos retrotraernos al 9 de noviembre de 1827. Para ese entonces Rivadavia ya había abandonado el poder y Dorrego gobernaba la provincia de Buenos Aires. Los unitarios se encontraban en repliegue y desacreditados. Las rispideces entre éstos y los federales crecían diariamente. Con todo, al menos en Buenos Aires, no se había transformado esa tensión en una conflagración abierta. Los dardos que se propinaban los principales integrantes de cada agrupación política eran arrojados desde la prensa; la virulencia discursiva se encontraba en

Sudamericana, 2014. Los puntos de vista son personales y no necesariamente representan la posición de la Universidad del Cema.

¹ Sarmiento, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires: Altamira, 2001, p. 18.

su clímax. Juan Cruz Varela era uno de los más participativos y combativos promotores de esa lucha dialéctica. Había nacido en 1794 y estudiado teología en Córdoba. Siempre había tenido un temperamento inquieto y revoltoso. En 1818 ya se encontraba de regreso en Buenos Aires. Siendo muy joven había dado sus primeros pasos en las letras, destacándose la poesía y el periodismo como las actividades principales dentro del rubro. Desde el inicio del reformismo rivadaviano, Varela fue uno de sus más ardorosos defensores. Amigo personal de Rivadavia, gracias a su mediación ingresó a la administración pública. Realizaba por entonces diversas actividades comerciales al tiempo que ofrecía su pluma a la defensa de la gestión política de su favorecedor.

Por la mañana de dicho día, Varela nos cuenta que, como lo hacía a menudo, “entraba en la imprenta Argentina, a las horas que me dejaba libre el ejercicio a que me he dedicado –el de corredor de comercio-. En la misma imprenta se publicaba *El Granizo*. No soy yo su editor; algunas, bastantes piezas en verso de las que se leen en sus páginas, son mías.”² Para *El Granizo*, periódico ardientemente anti-dorreguista, escribía también su joven hermano, Florencio. En ese aire tenso y enrarecido que se comenzaba a respirar en Buenos Aires, cuatro matones habían logrado arrebatar de su hogar al señor Ponce, impresor de la publicación, con el fin de apalearlo. “Con estos antecedentes, mis hermanos y yo hemos andado armados, aunque de un modo oculto”. Siguiendo la narración de su día, continúa: “Desde que salí de la imprenta a las 9 de la mañana de este día, me ocupé hasta las dos y media de la tarde en puros negocios de mi ejercicio [luego] fui al fuerte, donde me entretuve largo rato con el Sr. Oficial mayor del ministerio de hacienda D. José Ceferino Lagos, en presencia del Sr. D. Baldomero García, hablando sobre el precio de las acciones de banco, y sobre las probabilidades de su monta o su baja”. No eran muchos los criollos que se aventuraban en la especulación financiera y comercial, sino en su mayoría británicos, quienes habían incluso creado la “Sala Comercial Inglesa” como exclusivo centro de sociabilidad para los mercantes de dicha nación.

Volvamos a la jornada vivida por Varela: “salí de allí, entré de paso a casa del Sr. D. Chavarría a visitar a D. Eusebio Agüero, y me entretuve algún tiempo hablando con ambos

² Varela, Juan Cruz. *El Porteño*, Exposición fidedigna que hace el que suscribe, sobre el atentado querido cometer en su persona, en la tarde del 9 del corriente, en el café de la Victoria; y antecedentes del suceso, 10 de noviembre de 1827. De aquí en adelante, todos los fragmentos sobre Varela que estarán entre comillas habrán sido extraídos de esta misma fuente.

[...] sobre el atentado cometido con Ponce la noche anterior, y sobre la Atalaya; cuyas producciones, principalmente las de aquel mismo día, desaprobábamos todos.” *La Atalaya* era el periódico que apoyaba la gestión dorreguista. Antes de regresar a su casa para almorzar, Varela pasó por el Cabildo, donde estaba siendo enjuiciado el general Carlos Alvear por diversas irregularidades efectuadas bajo su mando durante la campaña contra el Imperio del Brasil. Preguntó allí por el estado del juicio a un grupo de amigos que se encontraban bajo los arcos del edificio judicial –lugar en que se encuentra el actual Cabildo- y rumbeó luego para su hogar.

Por la tarde Varela se encaminó al café de la Victoria. Los cafés constituyeron desde el inicio del periodo independentista el centro de la sociabilidad masculina urbana y culta.³ A partir del periodo rivadaviano, los cafés habían favorecido la emergencia de un espacio de opinión pública donde se participaba de acalorados debates en materia diversa, destacándose la política. También allí se articulaban muchas veces los contenidos que se verían plasmados en la prensa del día siguiente, mientras que se contornaban las opiniones de los incipientes partidos y facciones. Para 1826 se podían computar en Buenos Aires 19 cafés⁴, de los cuales 13 se encontraban emplazados en las inmediaciones de la Manzana de las Luces. Allí se centraba la vida cultural porteña, puesto que en ese pequeño núcleo se localizaban: la reciente Universidad de Buenos Aires, la biblioteca pública, la Escuela de Comercio, la gobernación, la Sala de Representantes y las librerías.

Según un testigo de época, los cafés “están [...] cubiertos de toldos, ofreciendo un placentero refugio contra el calor del sol y tienen aljibes con agua potable. Nunca falta en estos cafés una mesa de billar siempre concurrida –juego muy apreciado por los criollos- y las mesas están siempre rodeadas de gente. Las paredes de los salones están siempre cubiertas de vistoso papel francés con escenas de la india o de Tahití.”⁵ A uno de estos establecimientos se había acercado Varela para encontrarse con sus amigos, cuando de improviso dos personas, “Rico y Marques”, se aproximaron a su mesa para increparlo. Según ellos, Varela los había calumniado durante el juicio al general Alvear pasado el

³ González Bernaldo, Pilar. *Civilidad y política. En los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 70.

⁴ Blondel, J.J.M. *Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año de 1826*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1968.

⁵ Love, Thomas George. *Un Inglés, cinco años en Buenos Aires, 1820-1825*, Buenos Aires, 1942.

mediodía. ¿Quiénes eran estos inoportunos interlocutores? Tenemos buenos indicios. Manuel Rico fue un hacendado federal que tuvo una destacada actuación liderando años después la revuelta de los Libres del Sur (1839). Por ese entonces, trabajaba en la Cámara de Justicia. José María Márquez, apasionado federal, era uno de los principales responsables de la prensa filo-dorreguista, siendo redactor del *Atalaya*, papel que discutía a diario y agriamente con *El Granizo* y *El Porteño* apuntalados por Varela.

Sigamos con el relato: “las voces crecieron entre unos y otros; Marques continuaba en insultarme y yo en insultarlo [...] En estas circunstancias, y en aquel mismo momento, siento ruido de armas en el patio; la sala tiene dos puertas; la una estaba cegada por el tumulto, acudo a la otra, y una mesa que estaba por delante me impidió la salida. Precisamente paso a la sala inmediata, y salgo por la puerta que cuadra frente al villar grande de la casa, y que da salida a un pasadizo de regular ancho. Allí estaba D. Miguel Sánchez [y un tal Rodríguez, del círculo de Rico y Márquez] rodeado de hombres con armas desnudas, y armado él; yo salí ya con una pistola en cada mano, amartillada la de la derecha. Sánchez estaba a mi lado [...] viene sobre mí con una arma blanca desnuda: el espacio era estrecho, yo le presenté mi pistola de la mano derecha, [...] por detrás me arrebataron de la mano izquierda la pistola; medio desarmado ya, y amagándome siempre Rodríguez con su arma blanca, le disparé el tiro de la que tenía en mi mano derecha, y ya con ella vacía, le tiré con fuerza por la cara a otro hombre que me atacaba también [aparentemente dejó malherido a Rodríguez, pero no logró ultimarle]. Desarmado ya, procuré salir a la calle, después de dar un grito a Sánchez, a un hermano mío que allí estaba [...] Yo me dirigí desarmado y sólo, a la puerta principal, para ganar la calle: pero la puerta estaba cubierta de hombres; temí atravesar por medio de ellos, porque los creí enemigos [...] en este lance el Sr. Rabelo fue el que pudo asesinarme [...] me salió al encuentro, poniéndome una pistola al pecho, y diciéndome canalla, cobarde, infame, etc. [...] creí que la disparaba, y con un movimiento pronto evadí el lance, y salí precipitadamente a la calle [...] tras de mí salió él, siempre con su pistola amartillada, y gritando por la calle atajen ese pícaro; agárrenme ese canalla, etc. Yo pensé llegar a mi casa, que es frente al Colegio; pero me seguían cuatro o seis, siempre instigados por Rabelo; y me ocurrió que podían subir tras de mí las escaleras, y asesinarme o herirme en medio de mi mujer y mis hijos [...] Con este motivo retrocedí diez pasos, y entré en la del Dr. D. José María Carreras [...] durante un

cuarto de hora después, yo mismo oía en la calle gritos parecidos a estos: ¡sangre! ¡asesínenlos! Aquí tenemos las pistolas del canalla de Varela...”

El señor Rabelo pudo haber sido Manuel o Agustín; ambos fueron reconocidos federales, llegando incluso uno de ellos a ser edecán de Rosas. José María Carreras, quien prestó refugio a Varela, fue un rico comerciante vasco que estuvo presente en el Cabildo de 1810. La escena es digna de un *western*. Nos retrata nítidamente una virulencia facciosa que parecía no tener retorno. La represión a las voces disidentes no aparentaba estar promovida oficialmente por el gobierno; mas éste tampoco mostraba inclinaciones por atenuar las acciones llevadas a cabo por particulares. Estos últimos estaban vinculados o apañados por el federalismo porteño, tendencia política que ocupaba el poder. Para Varela, “la escena del café de la Victoria, hasta su completo desenlace en la calle, duraría una hora; la policía está media cuadra del sitio; una guardia está veinte pasos; y los que atacaron el café se pasearon todo este tiempo por la plaza pública, gritando horrores, provocando a matar, ¿habrá quien crea que estos hombres no tienen guardada la espalda?”. Finalmente, por el episodio aludido, Varela sería puesto en cautiverio por 40 días. A su salida, se interrogaba: ¿quién puede escribir en un país en que se asesinan ciertos escritores y ciertos impresores?” La violencia política lograba de esa forma consolidarse.

2. Huyendo de las garras de la Mazorca

Demos lugar ahora a nuestro segundo relato. En este episodio el principal protagonista es Antonio Somellera. Temporalmente nos situaremos en el día 30 de noviembre de 1839. Muchas cosas habían cambiado desde que Varela se defendiera a los pistoletazos en el café de la Victoria. Los principales sucesos que unen a ambos momentos pueden rastrearse en la obra citada en la primera nota a pie de página. Aquí sólo señalaremos que Rosas, para el año 1839, seguía a la cabeza del gobierno de Buenos Aires y regía las relaciones internacionales de la Confederación Argentina. Se vivía una coyuntura extremadamente compleja y desfavorable. Su régimen se encontraba azotado por una combinación de movimientos que sus enemigos habían logrado converger con suerte dispar. Al tiempo que las flotas de la armada francesa bloqueaban Buenos Aires, los unitarios y varios opositores

al régimen bonaerense aprovecharon la debilidad de Rosas y conformaron un ejército que, al mando de Juan Lavalle, se introdujo en suelo confederal. Entre mil peripecias logró aproximarse a las mismas puertas de la ciudad-puerto. Poco tiempo antes se habían levantado los Libres del Sur, es decir, grupos de hacendados de raigambre federal disconformes con las políticas internacionales practicadas por el rosismo, las que habían redundado en el bloqueo francés y en una paralización del comercio de ganado. Por si fuera poco, otro ejército se conformó en las provincias del norte argentino y, al mando de Lamadrid, despojó transitoriamente del poder a varios gobernadores adictos al rosismo. Si algún condimento le faltaba a la acuciante situación padecida por el Restaurador, cabe finalmente destacar los intentos de asesinato que sufrió en su persona, y otros tantos para sublevar a la ciudad contra él. Un buen ejemplo lo representa la revuelta del joven Maza.⁶

Considerando que la mayoría de los más activos unitarios y muchos antirrosistas habían partido desde hacía tiempo al exilio, ¿cuál fue la suerte de aquellos que, por motivos que pueden ser de muy diversa índole, no se animaron, no pudieron o no quisieron dar el salto al extranjero? Eso intentaremos indagar a través del día que vivió Antonio Somellera un 30 de noviembre de 1839.

Entre los antirrosistas que sobrellevaron su existencia en Buenos Aires, hubo algunos que sólo suspiraban por tiempos mejores. Otros fueron un poco más allá, e intentaron que esos anhelos se convirtieran en realidad por medio de diversas actividades. Somellera se cuenta entre estos últimos. Nacido en Buenos Aires un 14 de julio de 1812, a los 15 años ingresó a la marina a las órdenes de Juan H. Coe, con quien recorrió las costas de Brasil y del África. A su regreso a Buenos Aires estudió dibujo con Pablo Caccianiga, y poco después participó en actividades navales que lo harían testigo de diversos acontecimientos históricos.⁷ No obstante, en 1835 se dio de baja del servicio. Los motivos parecen haber sido de orden político. Somellera no formó parte del grupo rivadaviano, ni tampoco podemos considerarlo un unitario neto. En todo caso, sus estrechas relaciones personales lo vinculaban con lo más granado de la oposición al rosismo, tanto entre círculos afines al unitarismo en el exilio como a otros próximos del grupo liderado por Marcos Sastre. Se

⁶ Para comprender más en detalle toda esta coyuntura, recomendamos la obra: Gelman, Jorge. *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.

⁷ Para estas informaciones biográficas, ver: Cutolo, Vicente Osvaldo. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750–1930)*. Buenos Aires: Editorial Elche, 1985.

destaca su participación en el periódico antirrosista *El Grito Argentino*. No sólo cooperó en su distribución dentro de Buenos Aires y la campaña, sino que colaboró con ilustraciones que se volcaban en la publicación.

La situación particular en la que se encontraba Buenos Aires llevó a la activación de mecanismos de represión informales para evitar intentos de sublevación. De ahí a que la célebre Sociedad Popular Restauradora y su brazo armado, la Mazorca, tuvieran sus días más activos por ese tiempo. No nos proponemos aquí explicar en qué consistieron estas organizaciones para-estatales ni cómo se articulaban –ya lo han hecho otros autores⁸–, pero introduciremos algunas pinceladas de ciertos testigos de época que nos permiten conocer la vida porteña en ese trance crítico. Una de esas pinceladas nos llega de la mano de un supuesto arrepentido integrante de la Mazorca, un tal Pedro Ávila. Es difícil comprobar si efectivamente participó en aquello que nos cuenta o si sólo lo narró con el objetivo de difamar a Rosas. No obstante, la verosimilitud del relato permite acercarnos a la tensa atmósfera que se respiraba por aquel entonces:

“El señor Salomón presidente de la sociedad popular restauradora del sosiego público, nos mandó reunir el tanto de octubre, y nos dio orden, que saliéramos con vergas unos trescientos hombres por las calles y se le diesen cincuenta palos a todo el que se encontrase de frac, leva, o capa. [...] Esto duró solamente dos días, porque el tercero se convirtió el asunto en un saqueo tan general; que recibíamos una orden viceversa para contener al pueblo, y que entrase en quietud. Al siguiente día de haber sujetado al populacho, se nos dio nueva orden para apalea a todo el que encontrásemos sin chaleco colorado, sin bigote, o que tuviese alguna pinta verde o celeste en la ropa, sin excepción de edad, sexo ni estado. En esta segunda orden salimos más veteranos, y más bien previstos, porque encerraba la circunstancia de afeitar a todo el que usaba barba cerrada, y poner divisas celestes pegadas con alquitrán; siendo que nuestras facultades, eran algo más extensivas, desde que se nos permitía el degollar a algunos que fuesen de familias unitarias conocidas, y violar las jóvenes a discreción que se conociesen por tales [...] Más allá se castigaba una porción de señoritas, y después estirándolas se les untaba alquitrán, se les arrancaba la ropa a tirones y se les botaba por las calles desnudas...”

⁸ Por citar una referencia reciente y un libro de agradable lectura, recomendamos: Di Meglio, Gabriel. *Mueran los salvajes unitarios! La mazorca y la política en tiempos de Rosas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007.

Por otro lado, señala en torno al móvil de la organización que “tampoco el general Rosas ha dado ninguna orden por escrito para los asesinatos, y solo pesaba una orden verbal al presidente de la sociedad popular, y otra a la intendencia de policía, para que guardase un profundo silencio y no interviniera en cosa alguna de la sociedad.” Además, la ciudad parecía “una tierra desierta, o una población abandonada de muchos años. Reinaba un silencio tan profundo que infundía un terror grande a quien quiera que tenía necesidad de cruzar las calles. Solamente los extranjeros armados y reunidos en partidas, se cruzaban de un extremo a otro viendo modo de asegurar sus intereses...”⁹. Este sombrío panorama refleja la percepción de ciertos actores sobre la situación que se vivía en las calles de la ciudad, y en las casas que eran violentadas por la Mazorca. Un testimonio alternativo, de otro supuesto mazorquero arrepentido, presenta una imagen más acorde a la vida cotidiana puertas adentro de los hogares, cuando remarca que: “Las delaciones se pusieron a la orden del día. Los criados delataban a sus amos, diciendo que eran unitarios, que todo el menaje interior de sus casas era celeste, que en altas y determinadas horas de la noche se reunían diversas personas con el fin de maquinarse contra el gobierno y mil otras cosas sandeces de esa jaez, concluyendo que no querían volver a casa de sus amos. A todos estos delatores públicos y privados, el Ilustre Restaurador les daba sumas considerables de dinero, para estimularlos a que ejercieran tan detestable oficio; decimos oficio, porque para algunos era una profesión legal...”¹⁰

De este modo, se advierte que la represión en la Buenos Aires de ese tiempo fue intensa. Rosas se servía de la Mazorca para efectuar dicha tarea de disciplinamiento y terror, a la que le brindaba órdenes de manera informal. Los principales blancos de esa represión –no la rosista en general, sino particularmente la efectuada por la Mazorca¹¹– eran los sectores ilustrados y urbanos –los de “frac, leva y capa”– que no mostraban simpatías por el orden político vigente. A diferencia de otras formas de violencia que se venían practicando desde el comienzo de las guerras civiles, la Mazorca se destaca como un momento de inflexión,

⁹ Ávila, Pedro C., *Ordenes privadas del General D. Juan Manuel Rosas en la Revolución de 1840 y abril de 1842*, Lima, Imprenta y litografía de Justo Montoya, 1847.

¹⁰ *Episodios sangrientos del año 1840*, Buenos Aires, Imprenta Bonaerense, 1856, p. 31.

¹¹ Algunos trabajos historiográficos recientes demuestran que los receptores de la violencia del régimen rosista también fueron ciertos sectores de las clases populares que no se amoldaron dócilmente a los designios del sistema económico, político y social impulsado por el gobernador bonaerense. Ver: Salvatore, Ricardo D. *Wandering Paysanos, state order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*. Londres: Duke University Press, 2003.

puesto que sistematizó inéditos mecanismos de extorsión y coerción social más refinados que los circulantes hasta ese entonces. Sin embargo, más o menos exagerados, más o menos fidedignos, estos relatos no retratan la vida cotidiana de la Buenos Aires rosista sino en sus coyunturas más acuciantes y puntuales, vividas entre 1839-1840 y en algunos meses de 1842. Una vez descrito el ambiente porteño y las modalidades mazorqueras, ahora nos volcaremos por entero al relato de Somellera.

“Serían aproximadamente las once de la mañana del día 30 de noviembre de 1839 cuando vi a la joven señora Mercedes del Sar de Terry que llorosa y con paso acelerado cruza la bocacalle de Cuyo y San Martín en dirección al norte. Acerqueme a ella y le pregunté qué había, qué le pasaba. –Tiola acaba de ser aprehendido y voy a avisárselo a mi esposo para que haga algo a favor de ese buen amigo, me contestó.”¹² Así comienza el relato de Somellera, y continúa: “me despedía de ella pues me era urgente llevar la noticia de la prisión de Tiola a un amigo [Manuel Bustillo] y ponerme en seguridad inmediatamente; pues que él y yo, lo mismo que el preso, estábamos seriamente comprometidos y vigilados como enemigos...” Acto seguido, Somellera caminó a través de la calle Corrientes, tomó por Florida hasta la casa de Comercio de Planes-Atkinson y en el ínterin compró un ejemplar de *La Gaceta Mercantil*. Entre sus páginas descubrió que había un remate en la casa de Genónimo Olazábal, calle del Potosí. Llegado a lo del Sr. Atkinson le impuso la situación, y le rogó le hiciese conocer las malas nuevas a Bustillo, a quien por su parte también intentaría encontrar en la casa de remate, pues “teníamos convenido asistir a esos puntos de reunión para comunicarnos, sin infundir sospechas a los agentes de la tiranía; porque a la sazón era imprudencia grave que más de dos personas que no fuesen federales netos y cabales, se reuniesen en paraje visible.” Mientras todo eso transcurría, Somellera tomó conciencia de la difícil situación en la que también se encontraban la señora Del Sar y su hermana Victoriana Elía, “debido a que eran depositarias y tenían ocultos en sus roperos, números del periódico el *Grito Argentino*, que hacíamos llegar sigilosamente a manos de los amigos de causa.”

¹² Todas las citas de la narración que nos brinda Somellera fueron extraídas de distintas partes de la obra: Somellera, Antonio. *Recuerdos de una víctima de la Mazorca 1839–1840*. Buenos Aires: el Elefante Blanco, 2001.

Llegado a la casa de remates, se apostó en cierto lugar para esperar ver a su amigo Bustillo, “dada la paralización de los negocios en aquel entonces, numerosas personas concurrían más por pasar un rato y curiosear que con la idea de hacer compras.” Pero Bustillo no apareció, sino “uno de los federales netos con quien apenas si tenía una ligerísima relación”, que le preguntó “¿Qué hace mi amigo aquí tan sólo?” Somellera, alarmado, respondió que esperaba hacerse de unos floreros. El curioso federal le contestó que también él tenía interés por ellos. La situación se volvía incómoda y Somellera decidió partir; sin embargo el federal lo invitó a su casa, que se encontraba cercana, para “mostrarle unos cuadros antiguos que he comprado [...] y que me diga si tienen algún mérito”. La conversación sobre pintura, impuesta por su interlocutor, se extendía demasiado. Ante su insistencia, Somellera no vio más remedio que aceptar la invitación. “No habíamos llegado al zaguán cuando sentí que por la puerta de calle pasaban caballos. Mi acompañante había tomado la delantera pasando por medio de tres o cuatro hombres de poncho; yo iba a hacer otro tanto, cuando uno de eso tipos, trigueño, de gran bigote y patillas a la andaluza, tan renegridas como sus ojos, sacando los brazos de debajo de su poncho forrado de paño colorado, impidiéndome la salida, trató de agarrarme, llamándome salvaje afrancesado y agregando ya caíste hijo de... no te escaparás.”

El federal que lo había invitado a ver sus cuadros desapareció por arte de magia, descubriendo Somellera que había sido fruto de una emboscada y que ahora se encontraba en las mismas fauces de la Mazorca. Pero el agresor no se encontraba solo, sino que capitaneaba un grupo de hombres “con cintajos colorados en los sombreros.” En la confusión y los forcejeos que se sucedieron Somellera consiguió desprenderse y entrar a un patio “en momentos en que a toda prisa salían muchos atropellándose y exclamando algunos de ellos en voz baja: ¡Cuitiño!” Pero de repente, “no bien había entrado a ese cuarto, me sentí sujetado fuertemente de los brazos por mi espalda por el célebre mazorquero Merlo; reconocí además a Gaetan [...] Asegurado como estaba, le fue fácil a Cuitiño, que era el mismo que me perseguía, tomarme de la barba con la mano derecha, de cuya muñeca pendía un rebenque de cabo de plata. Embarazábanle felizmente la libre acción de los brazos el rebenque colgante y el gran poncho que llevaba puesto [...] Mientras los mazorqueros a gritos me llenaban de improperios.”

De todos los presentes en la casa de remates, “ninguno de aquellos señores había vuelto la cara hacia donde yo estaba ¡El espíritu público había desaparecido, estaba muerto! ¡El terror había conturbado por completo el espíritu de los habitantes de Buenos Aires!” Uno de los mazorqueros gritó fuerte “¡Cortémosle las patillas francesas! Mientras “Cuitiño trató de sacar acto continuo, el puño con la mano izquierda, y como no pudiese, uno de sus compañeros le alcanzaba el suyo. Para tomarlo con la mano derecha soltome por un momento la barba de que me tenía asido; aprovechando ese momento hice un último esfuerzo, consiguiendo librarme de Merlo y de un salto salvé los dos escalones de aquella puerta y me precipité y confundí entre la oleada de gente que tumultuosamente ganaba el zaguán buscando rápida salida a la calle.” Una vez en ella, Somellera entró en la casa contigua mientras escuchaba “¡allá va!” junto a los galopes de los caballos de los jinetes que lo perseguían a toda velocidad. Raudamente, arregló el desaliño que le provocaron los forcejeos, acomodó sus ropas y sombrero, y se mezcló de forma disimulada entre las personas que aún salían. En cuanto pudo, tornó en dirección a la campaña y luego de dar un gran rodeo volvió por Cangallo hacia el centro. ¡Se había salvado! En ese instante, nos relata Somellera “me persuadí de que tendría necesariamente que emigrar del país”. Los bloqueos marítimos y la extensa vigilancia en las costas, más el hecho de tener radicada una familia en la ciudad, no hacía de la empresa algo sencillo.

Llegado a su hogar, su mujer lo notó extraño. Somellera justificó su semblante desencajado en la traumática noticia del cautiverio de Tiola. Luego le confesó: “mira mi amiga, creo que será mejor hacerme negar a toda persona que no sea de nuestra intimidad, pues no quiero recibir visitas impertinentes. Dada esta orden fui al interior de la casa y desde la azotea me puse a estudiar cómo, en caso necesario, podría escapar por los fondos, pues había resuelto no dejarme llevar preso”. El plan consistía en evadirse por el patio interior y refugiarse en el Consulado inglés, que se encontraba en la misma manzana. Los representantes de las potencias extranjeras actuaron muy activamente en el encubrimiento y evasión de muchos disidentes rosistas.¹³

Cuando Somellera volvió con su mujer, la imposibilidad de ocultar el estado de su rostro aturdido lo obligó a confesarle lo acontecido. Rompió en llantos; aclarada su voz, ella le manifestó: “no te dejes tomar preso, escóndete en alguna casa extranjera, o más bien huye

¹³ Como se atestigua en el capítulo “Asilo Inglés” de la afamada novela *Amalia*, de José Mármol.

del país, vete a Montevideo [...] yo estoy dispuesta a seguirte con tal que no vayas a la cárcel”. Somellera le respondió afirmativamente, agregando: “quizás podamos dentro de un poco, salir juntos de este desgraciado país, donde ningún hombre que no pertenezca a la Sociedad Restauradora puede vivir tranquilo.” La noche pasó en tranquilidad. Varias personas de la más completa intimidad, enterados de cuanto había ocurrido, fueron a hacerles compañía. Eran todas ellas damas y muy valientes, que por su género se creían más garantidas que sus respectivos maridos. A partir de ese día, Somellera comenzó a organizar su escape, célebre por otro lado y protagonizado por azar junto al general José María Paz, con quien logró con una pequeña embarcación arribar hasta la flota francesa bloqueadora que los depositó, luego de mil peripecias, en las costas del estado oriental. La primera medida que realizó antes de este espectacular escape fue la que llevó a cabo al día siguiente del que acabamos de narrar. Se despojó de sus patillas, se cortó el cabello y se dejó brotar un vigoroso bigote federal. Sabía de memoria que “en ese tiempo raro era el que andaba de frac, la chaqueta era de uso general, llevando chaleco colorado los federales y aquellos que usándolos creían estar garantidos”. En cambio el bigote “fue ordenado verbalmente” por Rosas, y así “muchos hombres serios y de una posición independiente se lo pusieron, postizos unos y con corcho quemado otros.”

3. Vine, vi, perdí: La derrota de Lamadrid en Rodeo del Medio

Es momento de dar lugar a nuestro último relato. Nos remontaremos al día 24 de septiembre de 1841. Poco antes de esa fecha Lamadrid y Lavalle habían logrado desequilibrar la “pax rosista”, liderando dos ejércitos que, sin haber podido concordar para luchar al unísono, transitaron, carentes de rumbo, por el interior del país, presentando innumerables, infructuosas y sangrientas batallas. Las tropas de ambos paladines del unitarismo estaban integradas por variopintos sectores de un antirrosismo cada día más heterogéneo y menos exclusivamente unitario. A pesar de los épicos y parciales triunfos que lograron conquistar, una y otra vez se toparon con la cruda realidad: la inferioridad de fuerzas y recursos con los que contaban en comparación con las pertrechadas fuerzas rosistas de los generales Ángel Pacheco y Manuel Oribe. Si las campañas protagonizadas

por Lavalle terminarían en Jujuy con su trágica muerte, la suerte no le fue menos esquiva a Lamadrid en los campos de batalla. Los obstinados esfuerzos por derrocar a Rosas se mostraron estériles y, luego de un accidentado periplo marcial, sus fuerzas sufrieron una inexorable como definitiva derrota en la batalla de Rodeo del Medio, a las afueras de Mendoza. Ese es precisamente el momento que retrataremos de aquí en adelante, basándonos en las memorias legadas por el propio Lamadrid.¹⁴ En esta última parte del presente documento de trabajo quisiéramos proyectar una idea general de cómo se combatía durante las guerras civiles. En qué consistía vivir una experiencia tan traumática como la que se experimentaba en un campo de batalla. Pero también la importancia que implicaba el carisma de los líderes que guiaban esas tropas, así como lo sustancial que resultaba su previo adiestramiento. Concluiremos en que las falencias demostradas por Lamadrid referentes a su incapacidad de instruir, entrenar y adoctrinar a su ejército, motivaron, en gran parte, la causa de su postrero fracaso.

Nacido en Tucumán un 28 de noviembre de 1795 en el seno de una tradicional familia y huérfano desde muy temprana edad, desde joven Gregorio Aráoz de Lamadrid formó parte de los ejércitos patriotas. A los 15 años se presentó como voluntario en el Ejército del Norte y luchó alternativamente a las órdenes de su tío Eustoquio Díaz Vélez, de Manuel Belgrano, de Martín M. de Güemes, de José de San Martín y de José Rondeau. Alternó éxitos y fracasos, pero nadie dudó, cuando se alejó de la lucha contra los realistas, de su coraje y carisma. Su vida fue una sumatoria de aventuras. Se casó en 1820 con su prima Luisa Díaz Vélez y auxilió por ese tiempo a Dorrego contra los levantamientos de Alvear y los hermanos Carrera mientras conoció y entabló amistad con Rosas. Como consecuencia de las reformas militares rivadavianas, Lamadrid quedó sin empleo.

Poco tiempo después, en 1825, impulsó un levantamiento en su ciudad natalicia derrocando al gobernador Javier López y ocupando su lugar en el poder. Al poco tiempo, una férrea defensa del proyecto presidencialista rivadaviano lo llevó a confrontar con los caudillos federales Quiroga e Ibarra. El primero de ellos lo derrotó sucesivamente en las batallas del Tala y Ciudadela. De la primera contienda resultó malherido y no perdió la vida de milagro. Cinco años después se hallaba integrando las fuerzas unitarias del general Paz,

¹⁴ La mayoría de los fragmentos que se citarán a continuación fueron extraídos de, Áraoz de Lamadrid, Gregorio. *Memorias* (Tomo II). Buenos Aires: Biblioteca del Suboficial, 1948, pp. 229-243.

logrando desquitarse con Quiroga gracias a los triunfos de La Tablada y Oncativo. Pero esas victorias resultaron efímeras y, al ser Paz capturado por una partida federal, Lamadrid quedó a cargo de las tropas replegándose a Tucumán donde sería finalmente derrotado, debiendo exiliarse en Bolivia y luego Perú.

Tiempo después, diversas circunstancias lo llevaron a Chile y a Uruguay sobreviviendo como pudo gracias a sus dotes de panadero. Tal vez apremiado por la situación económica y desencantado con el porvenir, en 1838 resolvió con su familia retornar a Buenos Aires y ofrecer sus servicios a la causa de Rosas, antiguo compadre y padrino de uno de sus hijos. Tardó este último en aceptar su oferta, pero finalmente le encomendó una misión a Tucumán para recolectar armamentos y adhesiones. Llegado a este último paradero, y palpando la débil posición del rosismo en su provincia, luego de algunos incidentes optó por plegarse en abril de 1840 a la revolución que allí se gestaba para derrocar al gobernador bonaerense. Lideró esa coalición, a la que se fueron uniendo luego otras provincias norteañas. Su itinerario “libertador” lo llevó por múltiples derroteros, llegando incluso a coincidir en algunos momentos con el general Lavalle. Estos dos héroes de la Independencia nunca se entendieron bien, y no tardaron sus ejércitos en continuar por separado. Es así como llegamos al 24 de septiembre de 1841.

Un tranquilo amanecer primaveral y fresco, con una nevada cordillera de los Andes como telón de fondo, parecía en algún punto incompatible con la jornada sangrienta que se avecinaba, consecuencia de la peligrosa proximidad existente entre los ejércitos de Lamadrid y Pacheco en las afueras de Mendoza. El general unitario recibió un informe que le anunciaba la cercanía de las tropas antagonistas. Mandó montar, y salió a ocupar la posición que había elegido para dar batalla en el paraje de Rodeo del Medio. La derecha de su ejército estaba al mando del “distinguido coronel y comandante general de los llanos de La Rioja don Ángel Vicente Peñaloza.” La infantería y artillería se encontraban al mando del coronel Ángel Salvadores, mientras que la izquierda de caballería estaba a las órdenes del coronel Crisóstomo Álvarez. Joaquín Baltar era el jefe de estado mayor. A pesar de que Lamadrid era consciente del poder de sus enemigos, nadie entre los suyos dudaba que la suerte estuviera de su lado. Tenían motivos para creerlo así, a pesar de que los triunfos le habían resultado esquivos en la abultada pero dispar trayectoria marcial del general tucumano.

Para otro testigo de ese día, Benjamín Villafañe, quien también legó a la posteridad unas entretenidas memorias, la gente del interior creía que las fuerzas de Lamadrid eran invencibles: “estos hombres no son hombres; es una legión de demonios”.¹⁵ Racional y cauto, Villafañe entendía que el celo de los soldados para combatir se debía a que sabían con certeza que una vez vencidos, no habría piedad con ellos. Preferían morir como espartanos en el campo de Marte, pero jamás derrotados y a degüello. Desde hacía unos años a esta parte se practicaba la “guerra a muerte” con niveles de violencia inusitados. Pero por otro lado, siempre siguiendo a Villafañe, el influjo de los líderes carismáticos sirvió para contagiar bravura y optimismo entre la tropa.

El ejemplo más acabado del prototipo de líder recién aludido lo constituyó Crisóstomo Álvarez, quien gozaba del cariño y de la admiración de su tío, el general Lamadrid, contando también con la devoción de todo el ejército. Para Villafañe: “Crisóstomo Álvarez al frente del enemigo se transfiguraba. Dejaba su apariencia de mortal, para asumir la de las creaciones fantásticas.” Además “parecía rodeado de cierta atmósfera, cierto prestigio sobrenatural que fascinaba a los suyos, les comunicaba su alma a tal punto, que el más tímido sentíase invencible a su lado.” Al dar sus cargas a los enemigos, sin importar el número que tuviese enfrente “oíasele un alarido que recordaba el de los indios de la Pampa, alarido que repetían los suyos y que se prolongaba haciendo salvaje y espantosa armonía con el retumbamiento del suelo bajo el casco de sus caballos.” Si bien el resto de los jefes que comandaba Lamadrid eran también muy valientes, “ninguno tan simpático, tan caudillo, tan magnético como Crisóstomo sobre el campo de batalla.”¹⁶

A pesar de la gallardía y el atrevimiento de Álvarez, se requerían de otras cualidades para vencer en el campo de batalla. Al valor había que sumar pericia, estrategia, disciplina y autoridad de mando. En estos últimos puntos, Lamadrid solía flaquear. A poco de haber comenzado las refriegas entre los contendientes en Rodeo del Medio, relata nuestro protagonista que mandó la orden al coronel Peñaloza para que cargase con la derecha sobre la caballería que tenía a su frente. Esa orden fue dada por su ayudante, Fermín Castex. Acto seguido, “el coronel Baltar le salió al encuentro y le preguntó dónde se dirigía, y contestándole que a dar la orden a Peñaloza para que cargara, y avisándole la derrota de la

¹⁵ Villafañe, Benjamín. *Reminiscencias históricas de un patriota*. Tucumán, Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte, 1972, p. 129.

¹⁶ Villafañe, Benjamín, op. cit., pp. 128-130.

derecha enemiga.” Baltar le respondió: “vuelva usted corriendo y diga al general que no podemos cargar porque tenemos a nuestro frente más de cuatrocientos infantes, que yo avisaré al coronel Peñaloza.” Por ese motivo, Lamadrid nos confiesa: “mandé corriendo a otro de mis ayudantes a decir a ese jefe que no estaba allí para darme noticia del número de los enemigos, sino para acuchillarlos cuando yo lo ordenara, que los cargaran en el acto fuese cual fuese su número.” De nuevo Baltar no dio la orden. Mientras, Álvarez con su ala derecha había destrozado la gran columna de infantería de Pacheco. “En tales circunstancias indignado yo de la desobediencia de Baltar, corrí a la derecha con el intento de darle un pistoletazo y cargar yo mismo al frente de mi ala derecha.” Sin embargo, no llegó nunca a esa instancia.

El día antes de la batalla los principales jefes de su ejército se habían acercado para, “intimar y suplicar a S.E. se coloque a espaldas de la línea, donde sin exponerse de ninguna manera pueda dirigirnos las órdenes”. El arrojito de Lamadrid era conocido, y las jerarquías del ejército sabían que las tropas podían desbandarse si se enteraban de la pérdida de su líder. Acercarse a donde se encontraba Baltar, y cargar, exponían a Lamadrid a un riesgo innecesario. Se suponía que los generales en jefe debían mantenerse a resguardo de peligros ubicándose en la retaguardia, desde donde impartían las órdenes a la oficialidad, quien las reproducía por cadena de mandos a la tropa rasa.¹⁷ Aun cuando la teoría y la táctica militar aconsejaban lo antedicho, aquel principio no era siempre respetado en momentos de apremio. La situación experimentada por Lamadrid frente a su oficialidad el día anterior a la batalla demuestra que el emplazamiento del general en jefe del ejército durante el fragor de la batalla no parecía un asunto definido. Sin embargo, de poco servía impartir órdenes desde la retaguardia si éstas no iban a ser acatadas. Lamadrid era un jefe estimado por sus soldados, pero no estaba acostumbrado a la paciente tarea de instruir y entrenar metódicamente a un ejército para realizar maniobras tácticas. Los triunfos de algunos generales más afortunados, como San Martín o Paz, se lograban meses antes de las mismas batallas, en el trabajo rutinario y pedagógico de los ejercicios y adiestramientos antecesores de la lucha. De ese modo, la oficialidad debía saber antes de la batalla el plan

¹⁷ Sobre las temáticas relacionadas a la guerra en el periodo revolucionario y su consecutivo, remitimos a: Rabinovich, Alejandro M. *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires au Rio de la Plata, 1806–1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2014.

de acción, y cómo responder ante las posibles circunstancias. Eso es lo que no sucedió en Rodeo del Medio.

Volvamos a la batalla. Todas las indicaciones que siguió enviando Lamadrid a Baltar tuvieron el mismo y poco afortunado resultado. “Mientras tanto sufríamos un vivo fuego de la artillería enemiga, pero poco certera al principio, pues casi todas las balas de sus trece piezas se volaban por encima de nosotros, después de dar en el bajo de los albardones de arena en que estaba o había estado nuestra línea.” Por aquel entonces la artillería era un arma muy deficiente. Las balas de cañón no estallaban sino que mataban por impacto directo. La artillería, con su ruidosa descarga, colaboraba más por su estampida y humareda, asustando y desordenando las unidades contrarias, que diezmándolas. Viendo que ni Baltar ni Peñalosa enfrentaban al enemigo, mandó a la carga al teniente coronel Esquiñigo y su escuadrón, “lanzándose estos valientes dando viva a la patria, por tras de su jefe”. Pero pronto cae “Esquiñigo con un brazo roto [y] viéndose sin su jefe, los cívicos, habiendo perdido a muchos de sus compañeros, retroceden desordenados.” Es en ese preciso momento que la batalla se dio por perdida. El resultado de un combate estaba atado a una situación azarosa, algo confusa, y que podía definirse de un instante a otro. A veces indiferentes de la verdadera suerte con que se desarrollaban los acontecimientos, no había forma más contundente de salir derrotado de la batalla que creyendo que irremediablemente se perdería. De este modo, y en efecto dominó, las tropas de Lamadrid comenzaron una pavorosa desbandada. Circunstancia aprovechada por la caballería enemiga para efectuar a través de sablazos y lanzazos una verdadera carnicería.

Así comenzó Lamadrid su retirada hacia Mendoza, impotente por no poder evitar el desmadre y gritando: “¡Huid canallas hasta los infiernos que no os necesito para correr a estos miserables!” Algo más tarde, llegaron los hombres derrotados al “heroico pueblo y plaza de Mendoza, después de las cinco de la tarde [donde] salían las señoras llorando a proporcionar a la columna toda clase de socorro”. Enfilaron luego de pasar la Alameda en dirección a la Cordillera. Se habían recibido comunicaciones de Chile el día antes y se “esperaba por instantes la llegada de muchos emigrados respetables de Cuyo, que venían ya en marcha y los suponía conductores de armamento que había pedido yo a la comisión argentina.” Juntó Lamadrid a lo que pudo reunir de sus tropas y les dijo: “forzoso me es dirigirme a Santiago, para volver con todos ellos y en unión de los chilenos, a salvar nuestra

patria; mas no quiero exponeros a pasar con la cordillera cerrada pues carezco de todos los recursos necesarios para ello y nada llevo para partirlo con vosotros. Volveos mis amigos a reuniros a vuestras familias...”. No obstante, se le respondió que querían pasar con él. Peñaloza estaba entre ellos, Baltar se había fugado.

Comenzaron el ascenso a la Cordillera con una fuerza de carabineros de retaguardia. Subieron hasta las dos de la mañana sólo parando “a descansar el resto de la noche como a 14 leguas de la capital de Mendoza, a una altura que todo se descubría.” Así concluyó un día largo, agotador, traumático para muchos, y también para nuestro protagonista. El cruce de los Andes, en esa fría estación, los esperaba con tormentas de nieve y vientos helados. Muchos morirían en el intento por cruzarla. Aquellos que lograrían sobrevivir se encontrarían en el medio del periplo con Sarmiento yendo en sentido contrario. El sanjuanino los proveyó de alimentos y los ayudó con guías y provisiones a terminar el durísimo sendero que los depositaría en Chile.